

## Los libros importantes "olvidados"

### Tiempo de silencio

Luis Martín-Santos

**Pretendemos iniciar en este número el rescate de libros que fueron fundamentales para nuestra cultura y que hoy se desconocen, están "olvidados" o se han dejado de lado por razones obvias (razones que buscaremos analizar). Tiempo de silencio, publicado en 1962, es un título perfecto.**

"Si en 1962 la publicación de Tiempo de silencio, de Luis Martín-Santos, significó un auténtico revulsivo formal para la narrativa española aherrojada en el realismo social (puesto que la escritura de Martín-Santos hacía estallar los referentes narrativos "realistas" en miles de fragmentos unidos por un virtuosismo formal realmente excepcional), la muerte, en 1964, de su autor, cortó de cuajo esa nueva posibilidad. Tiempo de silencio fue, durante años, un ideal de sátira, grotesco, riqueza verbal y estilística rodeada por el silencio y la falta de emulación. Los narradores realistas de aquella época tardaron en encontrar, años después, salidas individuales a la atmósfera y el corsé realista que el rechazo del franquismo y su denuncia les había impuesto"

**Emir Rodríguez Monegal**



### Algunas razones del "olvido"

Francisco Fernández-Santos

Julián Marías y el «liberalismo» o cómo se hace un diccionario de literatura Cuadernos de Ruedo ibérico París, junio-julio 1965 (Extractos)

Hacia 1960 ó 1961, hacía Julián Marías en su artículo «El ensayo en España» recogido en su libro (Los españoles, Revista de Occidente, 1963), una serie de consideraciones interesantes sobre la suerte del ensayo español después de la guerra civil. Tras afirmar que para la opinión crítica común los dos géneros principales en la España de la posguerra son la poesía y la novela, propendiéndose a «olvidar o desatender el ensayo, que aparece resueltamente en segundo plano y con imagen borrosa», Marías replicaba que en su opinión «el ensayo es, de veinte años a esta parte, el género cultivado con más dedicación, calidad y acierto en nuestro país» y que «si dentro de cincuenta años se hace el balance de la producción total de ese periodo, se verá con sorpresa que en él han aparecido unas cuantas docenas de libros excelentes, que –al menos en su conjunto, e individualmente sólo de manera precaria – no constan. ¿A qué se debe esto?, se pregunta Marías. La culpa es, según él, de los críticos y de las publicaciones periódicas. Al contrario que la novela o la poesía, el ensayo «atrae ojos inquisitivos y con frecuencia inquisitoriales. El crítico siente una fuerte tentación: no enterarse, no ser en ningún sentido "cómplice" de aquellos decires que afirman o niegan algo, que pretenden decir "verdad" –no simplemente belleza, pasión o interés dramático. La consecuencia natural es el silencio o sus aproximaciones.» Según nuestro autor, esos

libros de ensayos «silenciados» «prueban que en España hay vida intelectual. Lo que falta –y esto explica que esa vida sea relativamente desconocida o esté soterrada– es “convivencia” intelectual.» En consecuencia, «hay que volver a hacer pública la vida intelectual»: que los escritores se reconozcan y se lean unos a otros, que se acaben las discriminaciones y los silencios. Y Marías concluye, con palabras que merecen toda clase de beneplácitos y loas: «¿No será la hora de desechar todo temor servil e instaurar el reinado de la generosidad, la veracidad, la libertad?» No es cuestión de discutir aquí si Marías tiene razón en cuanto al «olvido» en que los críticos han tenido a la producción ensayística española de 1940 a 1960. Me parece que exagera mucho en cuanto al valor de esa producción y un poco en cuanto al silenciamiento. (Dicho sea entre paréntesis, el género más afectado por la dictadura político-intelectual franquista tenía que ser necesariamente el ensayo.) Marías, con ligeros tonos de vanidad y despecho, hace un verdadero alegato pro domo: ¿no es él uno de los más destacados ensayistas, por lo menos en cuanto a producción, del periodo considerado? Pero dejemos al margen esta cuestión: lo que aquí debemos retener es la indudable nobleza de intenciones, el claro «temple liberal», con que Marías enfoca el tema de la vida intelectual española, en particular del ensayo, en la posguerra: nada de discriminaciones, nada de silenciamientos; «generosidad, veracidad, libertad». Retengamos pues cuidadosamente estas nobles afirmaciones liberales y pasemos a otra música –me temo, mucho menos liberal. A fines de 1964 aparece en Madrid la tercera edición, «corregida y aumentada» del Diccionario de literatura española, editado por la Revista de Occidente y dirigido por Germán Bleiberg y... Julián Marías. La edición anterior data de 1953; han pasado once años y en esos años han surgido nuevos ensayistas (y poetas y novelistas), se han editado muchos libros de jóvenes intelectuales –la quinta generación española de este siglo–, han penetrado en el pensamiento español, a veces con gran empuje, nuevas corrientes europeas y mundiales (como el marxismo, el neopositivismo y el existencialismo sartriano); en fin, se ha diversificado y enriquecido [64] considerablemente la cultura española –aunque siga siendo, comparada con la europea, bastante pobretona y provinciana, diga lo que diga Julián Marías. Ha habido, decimos, novedades en la producción ensayística española, durante el último decenio. Un instrumento neutro y objetivo como debe ser un diccionario no dejará de registrarlas, piensa el lector de buena fe. Con mayor razón si el director de la publicación es Julián Marías, especie de Quijote «generoso, veraz y libre», que ha roto más de una lanza en favor del ensayo español contra quienes pretendían mantenerlo cautivo, oculto o silenciado. Tranquilizado por tamaña garantía, el lector de buena fe, que, supongamos, se interesa por los nuevos valores del ensayismo español, abre el bonito diccionario de la Revista de Occidente y busca el artículo «Ensayistas españoles actuales». Helo aquí, página 254. (Se hace una larga lista de los ensayistas de los que Marías se ha “olvidado”)

Para el señor Marías, todo lo que en el terreno del pensamiento huele a marxismo o, simplemente, a socialismo, no es más que... «extremismo». Veamos sus propias palabras en otro artículo del citado libro *Los españoles*: «En estos últimos años, especialmente en los tres o cuatro más inmediatos a esta fecha, lo más valioso de la cultura española, la tradición de sesenta años de esplendor, esforzadamente sostenida y conservada en los últimos decenios, vuelve a encontrarse asediada por dos extremismos opuestos, que por motivos distintos tratan de anularla. Si se leen con atención los escritos de los tiempos más recientes, se advierte que para muchos esa tradición intelectual que va de la generación del 98 a la fecha actual es el enemigo que hay que destruir, negar, desprestigiar, minimizar. Se dice que todo eso es “impiedad” o que es “reaccionarismo”... Los ataques a Ortega son representativos; pero no hay que engañarse: no se trata sólo de Ortega”. Observemos simplemente por ahora que en estas palabras de Marías se cifran los dos criterios o claves principales para descalificar a los nuevos intelectuales españoles no ortodoxos –según la ortodoxia de Marías y de la Revista de Occidente: la crítica ideológica a Ortega (Marías dice «ataques») y el mar-

xismo o corrientes afines (Marías dice, graciosamente, «extremismo»). El intelectual español que «peque» por cualquiera de estos lados, y más si peca por ambos, puede estar seguro: no entrará en el cielo «liberal» del Diccionario de literatura.

(...) Reconozcamos que el diccionario se muestra mucho más justo y ecuánime con la novela (y la poesía) que con el ensayo –lo que representa un vivo reproche a Marías, que, como hemos visto, se queja precisamente de ese trato de desfavor para con el ensayo, pero, ya se ve, sólo en lo que afecta a él mismo y a sus próximos.

(...) El caso de Martín Santos es el más grave y significativo de todos: su novela *Tiempo de silencio* es, en opinión general, posiblemente la más interesante, original e inteligente de toda la posguerra española –algunos críticos europeos la sitúan entre las obras de creación más importantes aparecidas en los últimos años en todo el mundo. Pero, he aquí el quid de la cuestión: Luis Martín Santos, además de ser «extremista» se permite en su novela ironizar sarcásticamente en torno a Ortega. ¡Doble pecado mortal! Sentencia: condenado a las tinieblas exteriores, a la inexistencia literaria. Aún después de muerto.

**TIEMPO DE SILENCIO** (novela)

Luis Martín-Santos

(.....) “Mi marido podía haberme dejado algo más pero no dejó sino su recuerdo, lleno para mí de encanto, con sus grandes bigotes y sus ojos oscuros y su marcialidad esquiva que nunca permitió estar tranquila, porque él con su apostura gozaba en corretear tras las faldas, aunque más bien creo que eran ellas las que caían embobadas, pues a él no me lo imagino corriendo por ninguna; el caso es que siempre se encontraba con una en sus brazos, máxime cuando iba de uniforme que nunca dejó de gastar íntegra la masita en eso, en el adorno de su belleza y en su apostura. Además del recuerdo de su brillante estampa y de la niña – que ahí la tengo tan parecida a él con su apostura también y casi con su bizarría y por lástima incluso con un bozo moreno que me recuerda su bigote- me dejó la pensión del Estado para los caídos en el campo del honor y una medalla que, añadida a las trescientas veinticinco con cincuenta, sigue siendo muy poca cosa para dos mujeres solas. Había también algunas figulinas de China, que él había traído de su campaña de Filipinas que hizo tan joven y en la que no obtuvo medallas por culpa de las envidias. Y gracias a que me había hecho mi niña ya antes de ir a las islas porque cuando volvió estaba inútil para la fecundación, no- gracias a Dios- para el amor, sino solamente para que pudiera quedar otra vez en estado, a mí que me hubiera gustado tener tres o cuatro, pero él que era muy hombre y que no podía retenerse tuvo que ver con una tagala, convencido de que era jovencita pura y de que estaba limpia, pero le tuvo que pegar la infección la muy sucia y se la pasó toda a caballo, sin lavados y sin cuidado ninguno hasta que se les emberrenchinó y le llegó a tupir los conductos u aunque luego hizo lo que pudo y el médico naval de la fragata que era tan amigo suyo le quiso corregir, como a otros que habían ido con él y habían caído por ser hombres con otras tagalas, pero no hubo nada que hacer y nos quedamos sólo con mi Carmencita que tenía ya veintiocho años cuando él cayó definitivamente a manos de moros, cuando la catástrofe. Además de las figuritas y de su desgracia trajo de Filipinas cinco abanicos y unos mantones de seda con aves del paraíso pintadas el primero y con flores exóticas el segundo y con una cara grande indígena el tercero, que es muy raro que un mantón tenga este tercer dibujo, pero él precisamente por eso me lo trajo, porque siempre le aficionó lo raro y estrambótico. Estuvo siempre un poco tronado yo creo y no había manera de tenerle sujeto, siempre en el casino, siempre bebiendo un poco más de la cuenta, siempre luciendo su apostura y su garbo y su capacidad para ser más que los demás en casi todo, por lo

menos con las mujeres por lo que yo pude apreciar personalmente y eso que es posible que él luciera sus facultades más fuera de casa hecho un perdido, que no en su casa donde yo era la legítima y estaba delante de él embobada con la boca abierta. Nunca me pude consolar de su pérdida y mi pobre niña tampoco que se quedó sin sociedad por falta de quien la representara y cuando su desgracia, se quedó soltera por falta de padre o de hermano mayor que obligara al cochino del novio a dar la cara aunque – la verdad- yo casi me he alegrado del abandono porque era un hombre imposible que la hubiera hecho desgraciada y la hubiera hecho caer hasta lo más bajo. Yo me lo imagino hasta chuleándola, aprovechándose del buen palmito de mi hija y de la apostura heredada del padre que en ella, aunque algo varonil - no hombruna- había de ser tan poderoso atractivo para todos los hombres que la veían en aquella época y como entonces vinieron los años difíciles de la desmoralización total cuando todo estaba bien visto hasta unirse por lo civil sólo y divorciarse y luego los del hambre, persuadida estoy de que la hubiera chuleado a mi niña y la hubiera puesto en la cama de unos y otros, porque ella también – eso sí – con el temple heredado del padre no puede fácilmente quedarse quieta y sola y lo comprendo imaginando que pueda haber hombres que se parezcan al mío y que tengan ese gancho con las mujeres que la pobrecita de mi hija no lo pueda resistir a causa precisamente del temperamento que la dimos entre su padre y una servidora, que tampoco es de piedra a Dios gracias. El caso es que nos hemos defendido mejor, me creo yo, solitas las dos con alguna ayuda ocasional y transitoria que si hubiéramos tenido encima al parásito ese, padre de mi nieta, que no sé cómo ha salido tan preciosa siendo hija de ese padre, que ni siquiera tenía el aspecto propio de los hombres tan agradables, fuertes y enteros, si no que era alfeñique, hombre de trapo con maneras de torero o todo lo más de bailarín gitano y para mí, que ni siquiera era muy seguro que no fuera un poco a pluma y pelo, pero quizá por el contraste, mi hija tan varona se dejó conquistar, quizá porque era lo contrario de su padre al que le cogió miedo de pequeña porque algunas veces veía las palizas que a mí me daba y que yo, fuerte y todo como soy, no podía menos de recibir, ya que era tan hombre que completamente me dominaba y seducía. Así que mi hija prefirió un mediodiablo que ella podía tener en un puño o doblar en pedazos cuando se le hubiera puesto en la idea hacerlo y que así y todo, fue suficiente a quitarla la doncellería ya algo apolillada y traer al mundo esa preciosidad que es ahora mi nieta con sus diecinueve que parece que se me va la cabeza cuando la veo, porque so siempre he sido tan sensible a la belleza que no lo puedo resistir y más siendo de mi sangre, que me emociona. Porque hay que reconocer que el afeminamiento del padre visto en la hija hace bien. Ella ha salido más finolis que mi propia hija, tan a lo mi marido hecha, con su bigote oscuro y esos brazos tan fuertes, tan caliente de temperamento, tan atractiva pero poco presentable desde el punto de vista de la finura y la suavidad de los rasgos, de la flexibilidad del talle y del andar como sobre palillos. Además de las trescientas veinticinco con cincuenta y de mi niña y de la posibilidad de mi nieta y de los cachivaches filipinos y de los mantones y de cuatro sillas de caoba maciza del comedor y de un armario ropero grande con luna y de la cama de matrimonio alta estilo imperio, mi marido no dejó nada, así que tuvimos que poner pensión aprovechando el haber tomado un piso grande que estaba vacío y con renta baja y en buen sitio, en una bocacalle de Progreso, que aunque cerca de algunas casas malas, podía animar a algunos caballeros a venir a vivir a nuestra casa. Yo no tenía dinero para comprar los muebles y empezar a tirar, así que tuve que echarme a la calle y visitar a todos los compañeros de mi marido, los que no habían caído cuando la tragedia que – pobrecillos- eran bastantes, sino que habían encontrado manera de no estar allí y éstos eran los que mejor podían ayudarme pues, con facilidad, podían ponerse en lugar del muerto y al verme a mí suponer que veían vestida de negro y con la tupida pena con que yo me cubría la cara, a sus propias mujeres; lo que no sé si realmente les impresionaría tanto porque no sé yo de muchos matrimonios que hayan sido tan unidos como el mío”.(.....)